

SON TANTOS YA LOS RUIDOS DE LA HABANA, QUE PUEDEN CLASIFICARSE CON FACILIDAD, DE ACUERDO CON LA MAGNITUD DE CADA UNO

nov 8/57 Pais

El problema de los ruidos habaneros.—Preocupaciones de entidades cívicas.—La sinfonia demoniaca de cada día.—Los bocinazos de los omnibus de colegiales.—Las perforadoras de presión de aire, ponen fiebre de San Vito hasta en las ideas.—El campaneó del camión de basura.—Las vitrolas, los escapes de motocicletas y los claxons.

Por CARLOS DIAZ VERSON, de la Redacción de EL PATS.

Debe ser grave, sin duda alguna, el problema de los ruidos en nuestra capital, cuando instituciones cívicas y corporaciones de carácter cultural, han considerado el asunto en sesiones públicas, recomendando la adopción inmediata de medidas. A tal punto se hizo escándalo alrededor de los ruidos innecesarios, que como de costumbre surgió en seguida una entidad capaz de plasmar en un solo propósito las ansias todas de los habaneros. La asociación o grupo que se empeñó en silenciar un poco la vo-cinglería callejera, se denomina "Liga contra los ruidos". Ha trabajado

la bocina haciéndola resonar escandalosamente. Y ya en todas las calles donde se repite la escena, no hay quien pueda seguir durmiendo.

Después, grupos de obreros—v esto ocurre sin interrupción hace varios años—bien de compañías de servicios públicos, o perteneciente al Estado o al Municipio, comienzan en numerosas zonas simultáneamente, determinados trabajos que requieren esas estruendosas perforaciones de presión de aire, que sólo de oír la ponen a uno una fiebre de San Vito hasta las ideas. Es un tableteo insufrible, más insufrible que un borracho con dos matracas la visneta de Año Nuevo.

bastante la mencionada Liga, pero muy poco en realidad ha logrado. Los ruidos en la Habana cada vez suben más de tono, son ya una especie de sinfonia demoniaca, enloquecedora, en la que miles y miles de cornetas sostenidas sobre sus panzas de goma, chillaran electrizantes, coreadas por un estruendo horrible, espectral, de un millón de bocas negras y pavorosas, como son los tubos de escape de las motocicletas.

Y sin dar tiempo a que nadie se reponga de estos súbitos ataques al silencio y la tranquilidad, se oye de pronto el repiqueteo, incesante y monótono del llamado camión de la basura. Como no existe un horario fijo para prestar el servicio tiene que anunciarse de esa manera, haciendo resonar un hierro cualquiera, el cual cuelgan cerca del chofer. No es ni siquiera una campana o un timbre suave. Hay casos en que el conductor golpea con la mano izquierda la carrocería, en forma de aviso, por falta de algún instrumento para hacer ruido.

El Ministerio de Gobernación ha batallado afanosamente desde hace años en este problema. Ha recogido vitrolas y ha dictado normas, pero eso no ha sido suficiente. Los ruidos continúan y la Habana está convertida en una ciudad prácticamente inhabitable.

En otras zonas, como Luyanó, Lawton, Vibora, Cerro y Santos Suárez, durante la madrugada tienen los vecinos que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad, para soportar con paciencia los estridentes pitazos de las viejas y rechinantes carros de pasajeros, y otras, vagones de industrias radicadas en esos barrios mencionados.

LOS PRIMEROS RUIDOS

Como si fuera algo organizado por una fuerza misteriosa, los ruidos tienen en la Habana, sus etapas ya clasificadas y perfectamente registradas en el ánimo de cada vecino de esta "siempre fiel Villa de San Cristóbal".

Y ya más tarde es el abigarramiento más absoluto de ruidos. La vitrola escandalosa que deja oír la última canción romántica, en un oído, el carro alto-pardeón cualquiera, el carro alto-pardeón con sus bocinas amplificadoras, el driver que a la menor congestión del tránsito se aprieta al claxon y del tránsito se aprieta al claxon y del tránsito se aprieta al claxon, no lo suelta ni en broma, el escape de las motocicletas, los chapisteros ambulantes, los chirriantes tranvías y los pregoneros de todas las tayas.

Por las mañanas, en horas muy tempranas, se inician las primeras ráfagas de lo que más tarde será una verdadera furbonada. Comienza la serie de omnibus colegial, que recoge en sus domicilios a los alumnos, es decir, a los alumnos que pagan ese servicio, y cuando aquéllos demoran en bajar o salir a la puerta, el chofer sin importarle la hora, descarga toda su impaciencia sobre

Y no queremos hablar de los voladores los días de mítines políticos, y de las bombitas y cohetes los días de fiestas nacionales. Nada, que son ruidos deliciosos, que le permiten a uno irse volviendo loco y neurasténico poco a poco, muy lentamente, como deben hacer todas sus cosas la gente cuerda.

Pais, nov 8/57